

## Policrisis y la crítica del capital-centrismo

**Por: Adam Tooze. 31/01/2025**

El año 2008 y los años siguientes supusieron un shock histórico.

El pánico vertiginoso de la crisis financiera, la prolongada crisis de la eurozona que siguió, el movimiento Occupy y el “momento desigualdad”, Black Lives Matter, la creciente ansiedad por las políticas fascistoideas, la radicalización de la crisis climática, la creciente tensión geopolítica, todo esto y más ha llevado a una búsqueda de marcos de análisis amplios, urgentes y poderosos. Cualquier otra cosa parece inadecuada para el momento actual.

Una de las respuestas del sector político progresista ha sido un retorno a lo que podríamos llamar los fundamentos clásicos. Para algunos es el marxismo. Para otros, incluido yo, implicó un retorno a Keynes, al keynesianismo de izquierda y a corrientes como la Teoría Monetaria Moderna y el New Deal Verde.

Este giro fue “necesario”. Ha sido intelectual y políticamente productivo. Pero también tuvo un precio.

Lo que me preocupa es una doble evasión de la historia, tanto “real” como intelectual, si se me permite tal distinción:

a. En términos reales: al basar la crítica en teorías sociales clásicas que se formaron sobre todo en el período 1900-1950, corremos el riesgo de subestimar el radicalismo del presente. No se trata de subestimar los dramas de principios del siglo XX (espero que me eviten esa acusación), sino de insistir en la novedad, la escala y el ritmo sin precedentes de nuestra situación actual. Esto es cierto en tres dimensiones:

1-La enorme escala y los recursos del crecimiento económico y la tecnología modernos que se extienden a miles de millones de personas y el enorme poder que esto confiere a pequeños grupos de élites.

2-La nueva carrera armamentista (nuclear) multipolar.

### 3-La crisis ambiental multifacética y creciente.

La crisis ecológica debe ser ahora la que marque el ritmo y el paradigma de todo el resto del pensamiento crítico. En conjunto, estas tres tendencias marcan nuestra época sin precedente.

b. En términos intelectuales, al volver a las raíces clásicas de la teoría social crítica de principios del siglo XX, “pasamos por alto” el desarrollo, a menudo problemático y complejo, del pensamiento social crítico entre los años 1960 y principios de los años 2000. Para decirlo sin rodeos, ha habido un retroceso en la teoría social.

Para los de mi generación, criados en los años 1970 y 1980, que alcanzaron la mayoría de edad en los años 1990 y 2000, el shock de 2008 provocó una especie de rejuvenecimiento. Pero también ha implicado una ruptura con nuestra propia genealogía intelectual. Este salto nunca es completo. “Puedes sacar al niño de los años 1990, pero no puedes sacar los años 1990 del niño”. La superposición de fases históricas ha llevado a la opacidad y, a veces, a la confusión intergeneracional.

Como lo expresó recientemente Barnaby Raine, mi formación intelectual en los posmarxistas años 1980 y principios de los 1990 ha permanecido presente, aunque de manera tácita.

“Mi supervisor de doctorado @adam\_tooze pertenece a una variedad de intelectuales (Therborn, David Scott, Chakrabarty, Hall, etc.) que buscan una teoría social después del colapso de la historia dialéctica. Hace tiempo que pienso que esto se minimiza en sus libros, que se presentan como historias narrativas... /1 Cuando leí por primera vez el manuscrito de “Crashed”, por ejemplo, dije: “No entiendo qué relación está trazando entre economía y política”. Una vez que explicó la lógica latouriana, el rechazo de esos dos paquetes conceptuales, el libro tuvo sentido para mí; pero no lo tuvo antes. Yo quería que publicara una respuesta a Perry Anderson, porque me sorprendió que PA tomara la falta de una explicación marxista de la totalidad como evidencia de un rechazo (políticamente motivado, antirradical) a cualquier explicación de ese tipo, lo que parecía eclipsar la interesante posibilidad de que en un mundo que ya no está estructurado por (mediaciones de) un antagonismo de clase fundamental con contenido emancipador inmanente, tengamos que volver a la mesa de dibujo -filosóficamente \*y\* políticamente- para explicar nuestro presente y la respuesta adecuada a él. La historia narrativa y Latour

se encuentran aquí. Ambos rechazan cualquier teoría dada de la estructura, contra cuyo telón de fondo se pueden leer los agentes. Creo que el marxismo todavía podría ser útil para entender el atractivo de esa elección: la crisis de una teoría marxista de la estructura social siguió al desmantelamiento de la coalición emancipadora de la revolución mundial derrotada de los años 1960 y 1970. Cuando esa cosmovisión se derrumbó, también lo hizo la teoría, que encaja con Lukács o Gramsci (menos su teleología optimista). Al igual que las cuatro figuras que mencioné antes, Tooze fue reclutado por la izquierda revolucionaria cuando era joven y luego se vió atraído por el revisionismo de los años 1980 (el eurocomunismo en su caso) que pretendía hablar de las “cosas nuevas malas” de Brecht, no de las buenas viejas. Estos relatos -me parece que el de Scott es el más rico- suelen suponer que la historia dialéctica pulcra siempre pasó por alto algo (sobre todo su eurocentrismo habitual), pero también que el neoliberalismo marca una ruptura más fundamental que el freno de la “marcha hacia adelante”, con las consecuencias para sus actores. Evidentemente, estas afirmaciones son discutibles. Pero la dificultad de Anderson es que él también ha sugerido durante mucho tiempo una crisis intelectual de ese tipo para el marxismo, desde su famoso dúo de libros de 1976/83 hasta su sensible ensayo de los años 90 sobre Fukuyama y luego su ensayo en el relanzamiento de la NLR en 2000. Creo que la pregunta difícil (¡mi pregunta de doctorado!) es si algún concepto de libertad más allá de las relaciones de subordinación puede sobrevivir al fin de la Historia, al desmantelamiento de los supuestos sujetos de la libertad. Tooze no pregunta eso, pero responderla requerirá repensar la teoría social. Lo que está en juego aquí es tanto la escala de la ruptura histórica -¿qué perdura?- como su carácter: ¿qué es posible en los nuevos tiempos? Creo que necesitamos primero una investigación abierta (“sin garantías”) de los procesos de formación del sujeto, el terreno de la lucha política y las normas. Si todo esto parece una repetición de los años 90, mi esperanza es que ahora estemos tratando de contar nuevas historias (de ahí la amalgama triádica Foucault/Latour/Keynes de Tooze) y no solo lamentar la muerte de las antiguas”.

En reacción a críticos como Perry Anderson e intercambios con camaradas como Barnaby Raine, desde 2020 me he apropiado del “concepto encontrado” de policrisis del pensador francés Edgar Morin como una forma de resaltar esta tensión.

Para frustración de sus muchos críticos, el concepto de policrisis carece de una genealogía intelectual respetable y las agallas analíticas que un buen teórico crítico esperaría. Para mí, es precisamente por eso que parece adecuado para nuestro momento. En su falta de especificación, el concepto de policrisis sirve como

recordatorio de la indeterminación, la incertidumbre y la complejidad que hemos perdido en medio de las nuevas y audaces certezas del “capitaloceno”.

La idea de que volver a la teoría social del momento posmarxista de los años 1980, 1990 y 2000 podría ser en realidad una medida que nos abriera la mente es, admitámoslo, contraintuitiva. En la izquierda, esa era se suele considerar un momento de desorientación y cierre. Ciertamente, no estoy defendiendo una simple apropiación histórica. Ocurrió 2008. No podemos volver al futuro a través de los años 1990, como tampoco podemos hacerlo a través de los años 1930. Lo que aprecio de la teorización de los “tiempos anteriores (a 2008)” es su carácter abierto. Mi apuesta es que es precisamente esa apertura lo que necesitamos para abarcar el radicalismo de nuestro momento actual.

En [la entrevista con Ding Xiongfei](#) de la Shanghai Review of Books, hablamos de Bruno Latour y Ulrich Beck, dos teóricos que se enfrentaron a una novedad radical y que, al hacerlo, abrieron el marco convencional de la teoría social. A pesar de todas sus diferencias conceptuales básicas, también compartían una noción del potencial catastrófico de la modernidad, que en la obra tardía de Latour se volvió verdaderamente dramática.

En artículos posteriores de esta miniserie (el motivo de la elección del título, espero, quedará claro más adelante en este artículo) quiero repetir esta maniobra con respecto a las interpretaciones de la globalización y la globalidad ofrecidas en los años 1990 y principios de los años 2000 por los antropólogos Anna Tsing y Arjun Appadurai y los historiadores Michael Geyer y Charles Bright. Mi intuición es que al revisar sus complejas articulaciones de la primera ola de globalización posterior a la Guerra Fría, podemos obtener algún nuevo punto de vista sobre la crisis actual.

En la conferencia Maeder, que tuve el privilegio de dar en la New School en noviembre del año pasado, volví al término policrisis y lo situé en relación con la crítica fundamental de las versiones capitalocéntricas de la teoría social ofrecida por la pareja de antropólogas feministas K Gibson-Graham en [End of Capitalism](#) (1996).

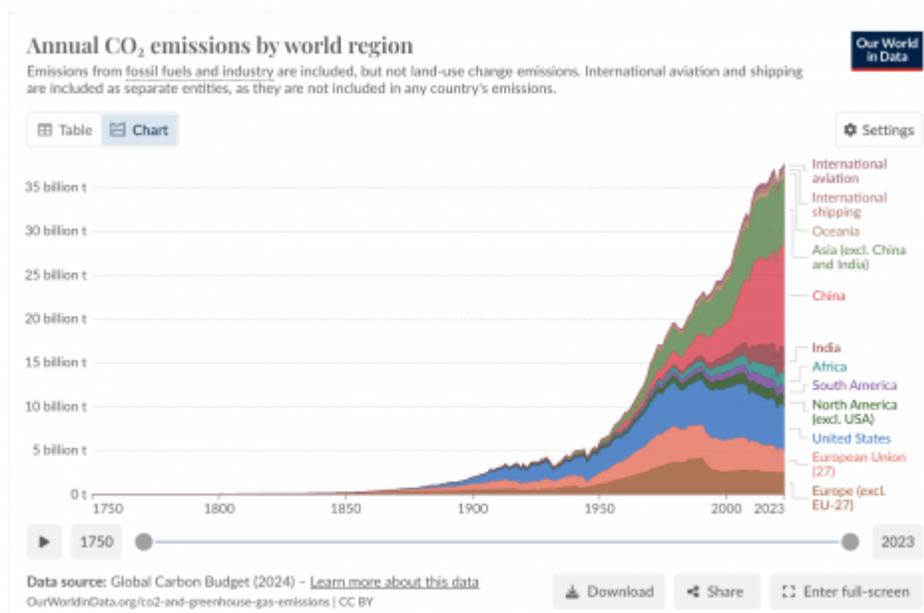
[El vídeo de la conferencia está aquí.](#)

La presentación en PowerPoint de la conferencia, adaptada para formato PDF (he intentado reproducir la animación de las diapositivas mediante secuencias de indicadores PDF), se puede descargar aquí.

Conferencia de Tooze Maeder en formato PDF (2,58 MB ? Archivo PDF) [Descargar](#)

El debate después de la conferencia fue animado y me dejó con la sensación de que el argumento tal vez se pueda cristalizar mejor de la siguiente manera:

El problema central del presente es cómo pensar la novedad radical de nuestra situación. ¿Hasta qué punto puede la teoría convencional de las crisis hacer justicia a nuestro momento actual? La crisis ecológica debe ser ahora la que marque el ritmo y el paradigma de todo el resto del pensamiento crítico. Tenemos que tomarnos en serio las implicaciones del gráfico que representa toda la historia económica moderna en términos de emisiones de CO<sub>2</sub> y destaca inequívocamente la absoluta novedad y radicalismo de nuestro momento actual.



Para decirlo crudamente, la mayor parte de la teoría crítica clásica se formuló en la mitad izquierda de este gráfico que, como se puede ver a simple vista, tiene poca o ninguna relación seria con nuestra situación actual. Se podría decir que los patrones del capitalismo fósil se establecieron en los siglos XIX y principios del XX, cuando se establecieron sus estructuras. Pero las cantidades importan. Y la gran aceleración

global desde la Segunda Guerra Mundial ha convertido la cantidad en calidad.

Lo que me preocupa es [la dramática descripción que hace Mark Blyth](#) en 2021 de nuestra situación actual: “el colapso climático... es un gigantesco generador de resultados no lineales con convexidades perversas. En lenguaje sencillo, no hay media, no hay promedio, no hay retorno a la normalidad. Es un viaje de ida en una sola dirección hacia lo desconocido”. La pregunta esencial es esta: ¿puede la teoría social crítica llegar a comprenderlo? ¿Qué pasa con esta realidad? “¿No hay media, no hay término medio, no hay retorno a la normalidad... un viaje de ida en una sola dirección hacia lo desconocido”?

Después de debatir con Nancy Fraser y otros colegas de la New School, hay, hasta donde puedo ver, cuatro respuestas diferentes a este desafío:

1. La primera es insistir en que la policrisis no es nada nuevo. Es sólo la última forma del tipo de crisis que los marxistas siempre han creído que eran buenos analizando. Servirá para ello una mezcla de Marx, Gramsci y Polanyi sobre la grieta ecológica, con el capitalismo racial incluido en la mezcla. La hipótesis subyacente que sustenta este tramo teórico desde los años 1920, 1930 o 1940 hasta el presente, es una continuidad estructural. *La Gran Transformación* que Polanyi diagnosticó todavía tiene sentido para nosotros hoy. La idea de Gramsci del interregno todavía ilumina nuestra realidad.

Me parece que se trata de una apuesta arriesgada que subestima gravemente la ruptura radical marcada por la gran aceleración que se ha producido desde 1945. ¿Cómo puede ser coherente este tipo de inmovilismo intelectual con el cambio proteico y espectacular que define nuestro momento? Tampoco veo cómo puede ser coherente con la tradición intelectual radical a la que declara su lealtad, una tradición que, desde finales del siglo XIX en adelante, no repetía los clásicos, sino que estaba en movimiento, con Lenin como el gran iconoclasta.

2. Una segunda posición es que el término policrisis indica, en efecto, un nuevo nivel de complejidad, intensidad y urgencia de los problemas. Para afrontarlos debe desarrollarse la teoría. Pero los lineamientos de este tipo de teoría de la crisis nueva y más compleja se diagnosticaron como muy tarde en los años 1960 y 1970. Éste fue el momento en el que convergieron por primera vez el conflicto de clases, las crisis de acumulación a ambos lados de la Cortina de Hierro, las luchas anticoloniales, las luchas por la identidad y nuevos desafíos como el ambientalismo.

Esto es a lo que Louis Althusser y Stuart Hall apuntaban con su concepción de la sobredeterminación.

En palabras de Gibson-Graham: “La sobredeterminación de Althusser puede entenderse de diversas maneras (aunque no de manera exhaustiva) como una señal de la especificidad irreductible de cada determinación; la complejidad esencial –en oposición a la simplicidad radical– de cada forma de existencia;<sup>7</sup> la apertura o incompletitud de cada identidad; la falta de cierre último de cada significado; y la posibilidad correlativa de concebir una totalidad social acéntrica –Althusser utiliza el término “descentrada”<sup>8</sup>– que no esté estructurada por la primacía de ningún elemento o ubicación social”. Gibson-Graham “Capitalismo y antiesencialismo” en *End of Capitalism*, 27.

El momento actual reivindica la presciencia teórica de Althusser y Hall de hace medio siglo. Ahora es un momento emocionante para pensar con ellos y a través de ellos.

3. La tercera posición admite que es fácil estar de acuerdo con la posición 2. La agenda que Althusser, Hall y otros han trazado es atractiva. Como lo expresó Gibson-Graham: “El concepto de sobredeterminación de Althusser puede verse como el lugar de un anhelo o deseo: resucitar lo reprimido, hacer lugar para lo ausente, ver lo invisible, dar cuenta de lo que no se tiene en cuenta, experimentar lo que está prohibido”.

Pero plantea la pregunta: ¿quién ha cumplido realmente con esa agenda? Como muestra K. Gibson-Graham en *End of Capitalism*, si bien se señala la sobredeterminación, la elaboración real de una explicación en términos de sobredeterminación ha resultado esquiva y, en la mayoría de los casos, el análisis retrocede a la simplicidad de la primera posición. En su lectura, esto no es accidental. Gibson-Graham, basándose en teóricas queer como Eve Kosofsky Sedgwick, criticó la concepción excesivamente estricta y coherente de la realidad implícita en la teoría social estándar. Es ese conjunto subyacente de supuestos - ontológicos, si se nos permite ser tan audaces- el que frustra repetidamente la intención de los analistas de la sobredeterminación.

Gibson-Graham ilustra esto con respecto al llamado “efecto Navidad” de Kosofsky Sedgwick.

La teórica Eve Kosofsky Sedgwick lo ha llamado “efecto Navidad”. Para Sedgwick, lo que resulta tan deprimente de la Navidad es la forma en que todas las instituciones de la sociedad se unen y hablan “con una sola voz” (1993: 5): las iglesias cristianas, por supuesto, pero también el Estado (que establece las fiestas escolares y nacionales), el comercio, la publicidad, los medios de comunicación (que aumentan el frenesí navideño y corean la cuenta atrás para Navidad), los acontecimientos sociales y las actividades domésticas, “todos ellos... se alinean entre sí tan perfectamente una vez al año, y el monolito así creado es algo que uno puede llegar a ver con ojos desdichados” (p. 6).

Sedgwick señala una formación monolítica similar en el ámbito de las expectativas sobre la sexualidad, donde se espera que el sexo biológico, el género autopercebido, la personalidad y la apariencia, el sexo y el género del objeto sexual (que se supone que no eres tú ni es lo mismo que tú), las prácticas sexuales (incluido el privilegio de ciertos órganos y orificios asociados con la reproducción, o con la inserción y la recepción), las fantasías sexuales y los principales vínculos emocionales y arreglos domésticos se unan en asociaciones predecibles (Sedgwick, 1993: 7). (Romper estas asociaciones es el trabajo teórico de “queerizar” la sexualidad). Lo que me molesta, espero que productivamente, es un efecto navideño similar en la teoría social, donde las cosas tienden a alinearse y hablar con una sola voz (la univocidad de una formación dominante o hegemónica). Así como la familia a menudo es reclamada por la heterosexualidad (y se presume una familia heterosexual), así también la sociedad es a menudo reclamada por el capitalismo. Se producen imágenes de una sociedad capitalista, incluyendo un Estado capitalista, una economía capitalista, una reproducción capitalista e identidades subjetivas como trabajadores y consumidores en un espacio social capitalista.

¿Qué implicaría romper esta representación monolítica del poder? Implicaría una teoría social que permitiera que los significados y las instituciones estuvieran “desconectados entre sí”:

Pero las preguntas de Sedgwick sobre la Navidad, la familia y la sexualidad sugieren la posibilidad de otros tipos de representaciones sociales: “¿Qué pasaría si... existiera una práctica de valorar las formas en que los significados y las instituciones pueden estar desconectados entre sí? ¿Qué pasaría si las coyunturas más ricas no fueran aquellas en las que todo significa lo mismo?” (p. 6). En términos más generales, la visión de Sedgwick pone en tela de juicio el proyecto de representar a

las sociedades y las economías como formaciones hegemónicas. ¿Qué pasaría si describiéramos la existencia social desconectada de sí misma, en términos de Sedgwick, en lugar de producir representaciones sociales en las que todo es parte del mismo complejo y, por lo tanto, en última instancia, “significa lo mismo” (por ejemplo, la hegemonía capitalista)? ¿Cuáles podrían ser las ventajas de representar un desorden rico y prolífico?

Gibson-Graham, J. K. (1996). Queer(y)ing Capitalist Organization. [Organization](#), 3(4), 541-545.

Considero que la crítica de Gibson-Graham a la teoría social convencional es sumamente persuasiva y esclarecedora. Desde que la escribí, la aparición de conceptos aún más totalizadores, como, por ejemplo, el capitaloceno, solo demuestra cuán relevante y urgente sigue siendo esa crítica.

Si estabilizar una explicación de la sobredeterminación es difícil en la práctica, entonces para mantener en la mente esas posibilidades radicales e inquietantes necesitamos ideas irritantes que provoquen pensamientos no esencializadores. Esta heurística es la mejor justificación, me parece, para evocar conceptos irritantes e incompletos como la “policrisis”.

La policrisis está subespecificada. Es una teoría débil. Pero quienes la critican en nombre de una mayor claridad o una teoría más fuerte subestiman la escala del lío en el que estamos.

Policrisis es útil precisamente porque nos recuerda la crisis del conocimiento, la brecha entre la teoría crítica heredada y el radicalismo de nuestro presente.

Este tipo de pensamiento necesariamente va a parecer provisional, móvil e insatisfactorio. Esto es precisamente lo que uno espera de las teorías no esencialistas que no pueden y no quieren ofrecer la certeza de una resolución/conclusión/categoría, etc. Están en movimiento, sin raíces y, hasta cierto punto, son fugitivas.

4. Sin embargo, creo que debemos alejarnos de Gibson-Graham en lo que respecta a la trama y el diagnóstico subyacentes del presente.

Para Gibson-Graham, que escribió a fines de los años 1990, su intención al introducir su crítica radical de las concepciones capitalocéntricas de la economía

política era cuestionar el poder y romper el control de la ideología hegemónica. Mi propuesta es menos optimista.

Mi sugerencia no es tanto que las lecturas capitalistas de la modernidad tiendan a llevarnos a subestimar las posibilidades de una acción radical, sino que tienden a llevarnos a subestimar el alcance de la catástrofe. Un mundo desorganizado consigo mismo puede tener más grados de libertad, pero también tiene un alcance novedoso y aterrador en relación con la crisis.

La escalada de la crisis ambiental, el surgimiento de una competencia entre grandes potencias multipolares (la escalada de conflictos regionales articulada con la carrera armamentista nuclear tripolar) y la extraordinaria aceleración de la riqueza oligárquica (Musk) crean una situación novedosa con un nuevo potencial catastrófico. Se podría pensar que este potencial catastrófico está impulsado por la violencia de la “hiperacción”, la magnitud de las repercusiones ambientales (como se vio, por ejemplo, en la forma de una pandemia) o la absoluta falta de sentido del discurso público: un desgaste que va más allá de la ideología, que, al menos, podría decirse que tiene un propósito instrumental.

Un mundo “desorganizado” podría ser precisamente el tipo de conceptualización que necesitamos para entender el momento actual como “un gigantesco generador de resultados no lineales con convexidades perversas. En lenguaje sencillo, no hay media, no hay promedio, no hay retorno a la normalidad. Es un viaje de ida en una sola dirección hacia lo desconocido”.

[Adam Tooze](#)

ocupa la cátedra Shelby Cullom Davis de Historia en la Universidad de Columbia y es director del Instituto Europeo. En 2019, la revista Foreign Policy lo nombró uno de los principales Pensadores Globales de la década. Su último libro, Shutdown: How Covid Shook the World's Economy.

[\*\*LEER EL ARTÍCULO ORIGINAL PULSANDO AQUÍ\*\*](#)

Fotografía: Sin permiso

**Fecha de creación**

2025/01/31